

Es un cajón de madera fina y pulida, muy historiado y reluciente, con dos ventanas muy aparentes y adecuadas al propósito. Cerrada una con un cristal negro y brillante, se conoce que está pintado por dentro, y con unas líneas y unas letras doradas y rojas, las cuales dan nombre a muy cardinales y esclarecidas ciudades, no ya de nuestra nación y aun de Europa entera, sino también de todo el orbe completo en toda su extensión y redondez, tales como, por poner unos verbigracias, Ratisbona de Prusia, Siracusa de Sicilia, Tesalónica de Grecia, Antioquía de Asia Menor, Menfis de Egipto, Orán de Berbería, o Nicosia de Chipre, por no hablar ya de Barquisimeto de Venezuela, de Lobito de Angola, de Antofagasta de Chile, de Comodoro Rivadavia de la Argentina, o de Puerto Princesa de las islas Filipinas, por no nombrar más preclaras ciudades, tanto en cualquiera de los distintos continentes, como en sus islas adyacentes. La otra ventana está cubierta por una tela recia y tensa, calada y muy lucida y vistosa, y con unos hilos tejida, no todos ni mucho menos, de un material que se diría que no es otra cosa sino puro oro del más fino si no fuera porque ya se sabe que ese noble metal hoy en día se puede bien imitar y sustituir con otro material que se le asemeja al menos en apariencia y que le aventaja, si no en lustre y vistosidad, sí al menos en bajo precio, pues no sale nada caro después de todo, porque es que, si de verdad esos hilos estuvieran hechos a base de oro auténtico y verdadero, el aparato, invento del mismísimo diantre, costaría otro tanto más de lo que cuesta ya, subiría hasta lo que se dice un dineral que a los alcances quedaría de ricos tan sólo, tales como, digamos a modo de ejemplos, el funcionario del ministerio de gracia y justicia, el escribiente de la oficina del notario, el ordenanza de la caja de ahorros, o el mismísimo sursuncorda, pero de ninguna manera están hechos estos maldecidos aparatos para uso y disfrute de menestrales, eso sí que está bien claro. Los pobres, se dice, no necesitan criados, y del mismo modo bien se podría decir que tampoco precisan aparatos de radio, ¿para qué, si no entienden de lo que se habla en las estaciones emisoras de radiodifusión? Únicamente les vendría bien para su solaz la audición y la escucha de piezas musicales, principalmente tonadillas y otras composiciones ligeras, pero de eso bien se puede prescindir en beneficio de la austeridad. Pero a quienes resulta más imprescindible la posesión de uno de esos aparatos diabólicos es a los ricos, incluso a aquellos ricos que no tienen dinero, y que constituyen la mayoría, por no decir casi todos, dentro de su categoría. Malhadada nación es aquella donde ya ni siquiera los ricos tienen dinero.

Y Longinos precisamente cabe dentro de esa multitud de ciudadanos que, aun siendo ricos o como tales vengán considerados, no tienen un real, como aquél que dice. Y es que son ricos más que nada, o tan sólo, por eliminación, vale decir, no son pobres, no andan con blusón y pantalón de pana, ni calzan alpargatas, sino que gastan zapatos negros y traje de paño con chaleco y todo, y corbata, ésa que no falte, aunque sea siempre el mismo durante toda la vida, dicho sea por decir y de manera hiperbólica. No acuden al taller ni a la fábrica, sino a la tienda o a la oficina. No son pobres, luego son ricos, tal es así en el país de los extremos, enemigo de lo ecléctico y de los términos medios, el país del blanco o del negro, país sin grises. Y así, su padre, que en gloria esté, contable de profesión, no se privó de acceder a la posesión de su oportuno y correspondiente aparato de radio, como es de rigor, aun cuando aquél se contase entre toda esa inmensa muchedumbre de ricos sin dinero.

Caso muy contrario constituyen los pobres con dinero, que no es que no los haya, sino que componen una especie que bien se podría reputar como una rara avis, sobre todo en estos días de muerte y destrucción. Son los pescaderos, los lecheros, los cristaleros, y demás menestrales que operan por su cuenta y que al cabo de los años han llegado a sacar razonables, si no copiosos, beneficios de su labor, quienes se tocan con gorra que se quitan cuando se cruzan con un sombrero de fieltro, y que no carecen de bienes raíces y de cumqui- bus en efectivo, al contrario que muchos de los ricos a quienes están obligados a saludar en cuanto con ellos se topan.

Menos mal que hoy mismo ha concluido la guerra, pero lo que no se ha acabado, sino que, muy al contrario, ahora es cuando empieza, es la paz terrible después de dos años y pico, casi tres, de guerra devastadora y aniquiladora, y ahora toca la reconstrucción, el esfuerzo ímprobo, y las privaciones, que no se sabe lo que será peor, si la posguerra, o la mismísima guerra que le da origen. Al menos de ahora en adelante ya no habrá más óbitos a causa de los combates, de los bombardeos, o de las represiones en retaguardia, que dicen que en total pasan ya de trescientos mil los difuntos a consecuencia, directa o indirecta, de la conflagración que hoy mismo, por lo que se dice, finaliza.

A todos esos difuntos da número, desde hace ya dos años o puede que más, su señor padre, don Proto de Valmaseda, a quien, no se sabe por qué, privaron de libertad precisamente los milicianos defensores de la república y de la libertad. Y es que, paradojas de la vida, por lo visto, para traerle la libertad al pueblo oprimido, hay que empezar por encarcelar a quienes los mismos defensores de la libertad reputan como enemigos de esa misma libertad que ellos defienden. Algo así como si le dijeran: "Como yo digo que tú eres un enemigo de la libertad, en nombre de la libertad yo te quito tu libertad." Entiéndalo quien entenderlo quiera. Y no se supo por qué le detenían, porque es que nunca se significó en materia de política, ni supo nunca nadie a qué partido votó, si es que llegó a votar, extremo éste que se quedó para siempre sin comprobar, tanto en lo que se refiere a las últimas elecciones, como a las otras dos anteriores. Se supuso, puestos a suponer, que le habrían detenido por gastar traje y chaleco, con cuello duro y todo, por tener clientes ricos que también fueron a parar al trullo, o por codearse con ellos y no con el personal proletario como por lo visto era de obligación, o por ir a misa los domingos y fiestas de guardar, a saber. O por todo ello en su conjunto. Ya antes de la guerra andaba con la mosca en la oreja, y no se privaba de declarar que la chusma más insolente y soez se había apoderado de la calle, y también de muchas casas de solaz o ilustración, tales como el casino, el círculo de bellas artes, el ateneo, la escuela, el periódico, la cámara de comercio, el círculo de recreo, y hasta el mismísimo palacio del gobierno, plenas todas ellas de hermanos proletarios o de venerables hermanos, lo mismo albañiles y panaderos, que señoritos y señorones. No había día en que por la acera no tuviera que aguantar alguna impertinencia de parte de algún revolucionario exaltado, enemigo de las clases próceres y amigo del proletariado. Y si en tales casos no caía a mano ningún guardia municipal, tanto mejor, pues en una de aquellas ocasiones, viéndose incomodado por repentinos denuestos de dos defensores de la libertad, se le ocurrió acudir al amparo de la autoridad uniformada, y entonces los evidenciados como quebrantadores de la ley se pusieron a gritar, señalándole con el dedo y llamándole fascista, que poco faltó para que el guardia se le llevase a él mismo al ayuntamiento, encima, y no a los perturbadores del orden y de la paz. ¿Qué orden

va a imponer la autoridad, si es que la hay digna de ese título, si las turbas revolucionarias han incendiado todos los conventos de Madrid sin el más mínimo impedimento, antes se diría que con la anuencia, y aun la

complacencia, de esa misma autoridad...?

Así razonaba el padre de Longinos, y de ahí no había quien le

sacase. Hasta que un día tuvo que presenciar, ya en plena guerra, la detención en plena calle de un transeúnte con la misma pinta que él mismo, más o menos, por parte de un grupo de milicianos armados con mosquetones, quienes le prendieron y se le llevaron, lívida la faz, como si ya supiera lo que le esperaba, a saber adónde y a qué. Ya había él oído antes decir que los milicianos se dedicaban a prender a todo elemento fascista que cayese dentro de su alcance, considerados como tales todos aquéllos que se hubieran mostrado contrarios a la revolución bolchevique, e incluso los que, aun sin haber dicho ni media palabra al respecto, se les suponía desafectos a la causa del pueblo oprimido y justiciero, tipos tales como él mismo, de modo que debió de coger algo de canguelo y se determinó, como tantos otros en su situación, a escapar de Madrid.

En aquellos días, muchos de los buscados encontraron su salvación en las embajadas extranjeras, menos mal que Madrid es la capital de la república, anteriormente del reino, y muchos embajadores no se rehusaban, antes al contrario, de amparar en sus edificios a todos los perseguidos que lograban hasta allí llegar, en la certeza de que así acogiéndolos les estaban salvando, no ya la libertad, sino la vida misma; con grande desagrado de parte del gobierno legítimo de la nación, pues se conoce que no les gustaba que nadie se escapase a la justicia inexorable del pueblo.

Pero al camarada Pocapena, capitoste de las milicias populares encargadas de la represión, se le ocurrió un sistema para capturar incautos fúgidos. Requisó una casa aparente para el caso, e instaló una falsa embajada de un lejano país exótico, allá del extremo oriente, que ni siquiera tenía relaciones diplomáticas ni nada, la embajada de Tailandia, que entonces ni siquiera se llamaba así, sino que antes por lo visto se denominaba de otra manera, más arcaica y exótica, e hicieron correr la voz y se sentaron a esperar a que los pájaros de cuenta fuesen cayendo en el cepo.

Las embajadas estaban todas bien vigiladas, y atestadas ya muchas de ellas de personal fugitivo, de modo que, en cuanto se enteraron de que la embajada de no sé dónde admitía refugiados, allá se lanzaron más de cien, entre ellos el mismísimo don Proto, el padre de Longinos, todos los cuales quedaron a salvo, al menos momentáneamente, dentro del recinto diplomático, acogiéndose así al principio de extraterritorialidad, pues ya se sabe que el edificio de una embajada, lo mismo que un barco de guerra, se considera territorio de la nación a que pertenece, y no de aquella donde se sitúa.

¿Cómo iban a saber los cuitados que sus perseguidores habían colocado micrófonos ocultos?

– Con este cuento de la embajada indochina, les hemos engañado como a chinos – dicen que decía el bellaco de Pocapena.

– Encima, guasas –dicen que se lamentaba uno de los engañados.

A don Proto y a otros los metió Pocapena en una checa, fino invento moderno nada menos que ruso, con eso ya está todo dicho, de ahí a otro presidio, a saber por cuántos pasaría, hasta que fue a parar a una cárcel que llaman modelo, modelo de no se sabe qué, como no sea de malhechores y de delincuentes.

Y el caso fue que los nacionales, que avanzaban desde el sur, en unos pocos días se plantaron en la mismísima entrada de Madrid, o en la salida si lo miramos desde dentro, y el gobierno legítimo de la república en tal coyuntura consideró prudente y de la máxima conveniencia, el miedo es libre, trasladarse a otra ciudad más alejada del frente y más segura, y al mismo tiempo más susceptible de recibir ayuda por mar de la mismísima Unión Soviética, el ejemplo, espejo, dechado y modelo digno de seguir en nuestra nación por todos los obreros y campesinos, esto es, si quieren buena vida como manda la justicia del pueblo, y tal como les pertenece por derecho propio y por su naturaleza y condición. Con todos aquellos elementos reaccionarios, terrible delito ser de derechas y enemigo del pueblo por tanto, en las distintas ergástulas reclusos, ya no sabían las autoridades qué hacer. De momento los sacaron de las cárceles y los metieron por miles en camiones y autobuses, vale decir, a todos aquéllos que para su fortuna o su desventura permanecían vivos, pues a los otros ya los liquidaron convenientemente, a muchos de los cuales justo después de ponerlos en libertad, manos libres para sus matadores, pues matar a detenidos no estaría bien visto, y hay que guardar las apariencias, sobre todo si se quiere quedar bien con los gobiernos extranjeros y amigos, o enemigos del fascismo comunes, que los que tienen los mismos enemigos se vuelven amigos de repente y de manera maqui- nal y automática. A todos aquellos detenidos, como se iba diciendo, y entre ellos al padre de Longinos, los llevaban carretera adelante, como si hubieran cogido el camino de Valencia, la nueva capital de la república, pero los que se paraban a pensarlo sacaban la conclusión de que eso no podía ser, o que sería un disparate impropio de personas de entendederas medianas y que no estuvieran afectadas por impedimentos o debilidades mentales. Miles de detenidos de Madrid a Valencia trasladados, ¿qué iban a pintar todos ellos allí? Pero por otra parte, tampoco los iban a dejar en Madrid, ni siquiera en sus alrededores, para que luego vengan los sublevados traidores y los liberen, y para que los que estén todavía en edad de armas tomar se unan a ellos y acaben en el campo de batalla combatiendo contra la república democrática y justiciera. ¿Qué hacer entonces, en tal situación, con esos miles de detenidos, enemigos en potencia, y más teniendo en cuenta que los sublevados ya están a las mismas puertas de la ciudad? Había que tomar una decisión rápida y drástica, sin andarse por las ramas ni con miramientos, había que decidirse ya, al vado, o a la puente, que se suele decir, y se tomó una determinación tajante. Se les hizo bajar de los vehículos en medio de la llanura árida del estío, se montaron las ametralladoras, y se excusa contar lo demás. Miles de ellos, entre los que no se salvó el padre de Longinos, a las fosas comunes fueron a parar que se excavaron allí mismo ex profeso. Miles, ya se sabrá con exactitud cuántos. Los cálculos más bajos dan una cifra aproximada de seis mil, el doble según los más ponderativos e hiperbólicos. Lo cual tampoco sería mucho exagerar en comparación

con las exageraciones de los rojos, que las cifras las multiplicaban por diez a su conveniencia, de manera sistemática y poco menos que obligada.

Llegó a decir la madre de Longinos que, si el difunto no se hubiera querido a toda costa escapar y se hubiese quedado quieto en casa, igual no le habrían venido a buscar y todavía seguiría vivo. Pero es que, en circunstancias tan adversas y confusas, no se sabe lo que puede pasar, y así tenemos que a veces, por procurar el remedio a una desventura, se acaba cayendo precisamente en ese mismo infortunio que se pretendía evitar.

La radio a todas horas anuncia hoy la buena nueva, la guerra ha, por fin, terminado, en tan buena hora. El ejército rojo, llamado así, ya ha quedado cautivo y desarmado, sic en el último parte de guerra, a consecuencia de que, según el mismo parte, la tropas nacionales, así denominadas, han alcanzado ya por fin los últimos objetivos militares, con lo cual todo el personal anda muy contento, como si no supiera lo que le espera a partir de ahora.

Las calles y las avenidas y las plazas más céntricas de la ciudad se han llenado de gente y de júbilo, de aclamaciones y de gozo, para recibir a los combatientes que acaban de conquistar por fin la capital del reino, antes república, y que en camiones se pasean y con las banderas al viento, todos ellos muy regocijados también, por tan señalada victoria militar los más convencidos idealistas y los más generosos y altruistas, y también porque la guerra ya está finiquitada, a casa dentro de cuatro días como quien dice, tal consideran los más faltos de idealidad y elevación y los más calculadores y prosaicos. Mucha gente se ha puesto sus vestidos domingueros para salir a recibir al ejército libertador, de las ventanas, miradores y balcones, cuelgan banderas con los dos colores, vivos y cálidos, y que componen una estampa alegre sobre viejas fachadas expresivas y joviales.

Júbilo y alborozo de media ciudad, o de lo que de ella queda; la otra media, o su remanente, huida y perseguida, o capturada y cautiva, que eso es lo que tienen las guerras, sobremanera si son civiles, que lo que para éstos constituye la liberación, la muerte y la desdicha supone para aquéllos, y viceversa.

Se organizan desfiles por la gran avenida, los jefes militares se exhiben por las principales vías, toman posesión de los edificios públicos, se hacen cargo de las emisoras de radio.

¡Ay de los vencidos! Ya lo dijeron los romanos, pero las mayores desdichas bélicas son las que tienen que soportar los derrotados en las guerras civiles, pues aquí hasta los que no cogen el chopo, ni caen cerca de los frentes, no se libran de la eventualidad de acabar por fenecer a consecuencia de su presencia allí donde se encuentren. Hasta no pocos de los vencedores han de resultar interfectos, o sucumbidos a mano airada, pero antes, naturalmente, de que su bandería haya vencido en su localidad. Lo mismo que les pasó a tantos madrileños, acaso por eso tanto ahora se alegren y alborocen muchos de los que quedan.

Alegría y gozo para hoy, murria y angustia para mañana. Porque se van a encontrar con un país en ruinas y destruido, casi todo por reconstruir. Años les esperan de

sacrificios y de privaciones, se conoce que en eso no piensan todavía. ¿Y cuántos de los que hoy vociferan vitoreando al generalísimo libertador, mañana abominarán de él y de cuantos con él están? En cuanto empiecen a comprobar la penuria en que les ha de tocar de vivir, y a medida que se vayan olvidando de la guerra pasada y de la dominación de los rojos ya tan lejana. ¿Ingratitud, humana condición, o el curso natural de la historia del pensamiento y de las ideas?

Casi podría, quien se pusiera a mirarlo bien, apetecer la suerte de los vencidos que consiguen abandonar su país tras la derrota para instalarse en el exilio dorado allá en Méjico, así en la capital federal como en Guanajuato o en Cuernavaca. Para cuyo propósito no se han abstenido de, justo antes de la huida, abrir todas las cajas privadas de seguridad, y nunca mejor dicho, pues evidente resulta que las privaron de toda seguridad, pero mejor se diría cajas de seguridad de propiedad privada, por evitar la ambigüedad y la oscuridad de la oración, de todos los bancos de Valencia, bueno, alguno habrán dejado, es de suponer, y de llevarse todos sus contenidos en un yate, también incautado, rumbo a las Américas, a darse la gran vida en el exilio, que los duelos, con pan, son menos, que dice el vulgo.

Longinos de Valmaseda estaba de funcionario raso en el ministerio de gracia y justicia cuando se declaró la guerra. Un día se corre la voz de que la guarnición de Melilla se ha sublevado contra el gobierno no legítimo de la república, lo cual a nadie parece que le importe, si no es un poco, a algunos absolutamente nada. Hasta el mismísimo ministro en persona, por la noche, declara ante todo el que le quiera escuchar: